

LA SESIÓN FINAL DE FREUD

FREUD'S LAST SESSION

AUTOR

Mark St. Germain

TRADUCTOR

Ignacio García May

PERSONAJES

SIGMUND FREUD, 83 años

C. S. LEWIS, 40 años

FECHA

3 de septiembre de 1939

LUGAR

El despacho de Freud

El nº 20 de Maresfield Gardens

Hampstead, Londres

FICHA ARTÍSTICA

La sesión final de Freud, traducción de Ignacio García May, se estrenó en el Teatro Español de Madrid el 15 de enero de 2015.

REPARTO

S. Freud: Helio Pedregal

C. S. Lewis: Eleazar Ortiz

DIRECCIÓN

Tamzin Townsend

LA SESIÓN FINAL DE FREUD presenta al padre del Psicoanálisis, doctor Sigmund Freud, que invita al joven y prometedor catedrático de Oxford, C. S. Lewis, a su casa de Londres. En el día en que Inglaterra entra en la Segunda Guerra Mundial, Freud y Lewis discrepan sobre el amor, el sexo, la existencia de Dios, y el sentido de la vida, pocas semanas antes de que Freud se quitase la vida. *LA SESIÓN FINAL DE FREUD* es una obra profundamente conmovedora llena de humor y que explora las mentes, los corazones y las almas de dos hombres brillantes que abordan las preguntas más grandes de todos los tiempos.

Tres de septiembre de 1939. Por la mañana.

Mientras se apagan las luces de sala, escuchamos la voz de un locutor de la BBC.

LOCUTOR DE LA BBC.—Todavía no hay respuesta oficial al ultimátum del primer ministro para que todas las tropas sean inmediatamente retiradas de Polonia. El Ministerio Alemán mantiene la declaración del canciller Hitler, según la cual el gobierno polaco ha ignorado todas las ofertas de un arreglo pacífico, negándose a respetar las fronteras del Reich. (*Luz, muy despacio, sobre el despacho del doctor Sigmund Freud. La habitación está llena de libros y las paredes de obras de arte. El doctor Freud se encuentra sentado detrás de su escritorio, escuchando la radio. Sobre el escritorio se acumulan antigüedades de todo el mundo; relieves, estatuas, bustos. Hay una silla de cuero frente al escritorio del doctor. Al fondo, un diván, cubierto por una colcha ricamente bordada.*) Se espera que, en breve, el primer mi-

nistro Chamberlain se dirija a la nación. La programación habitual se verá interrumpida para transmitirles dicha emisión. (*Fuera, un perro ladra*) ¡Acabamos de recibir la confirmación de que las tropas eslovacas se han unido a la invasión alemana...!

Freud apaga la radio. Sale de escena. Llama a su perro, Jo-Fi, que sigue ladrando.

FREUD.—¡Jo-Fi! ¿Viene alguien? ¡Perro listo! ¡Ven aquí, Jo-Fi! ¡Ven con papá! (*Un ladrido. El perro no obedece*) Pues nada, quédate ahí.

Suena el timbre de la calle. Freud consulta su reloj y sale. Fuera de escena, abre la puerta.

LEWIS.—(*Fuera*) Doctor Freud; soy el profesor Lewis.

FREUD.—(*Fuera*) Buenos días, profesor.

LEWIS.—(*Fuera*) Buenos días.

FREUD.—(*Fuera*) Ya le daba por perdido... Pase por aquí; podemos hablar en mi despacho.

Freud reaparece en escena, seguido de Lewis.

LEWIS.—Lamento muchísimo llegar con tanto retraso.

FREUD.—Si no fuera porque tengo ochenta y tres años le diría que no me importa.

LEWIS.—Los horarios del ferrocarril se han vuelto inútiles con las evacuaciones. Los trenes salen de Londres, no en-

tran en él. He visto un vagón tras otro atravesar la estación de Oxford, llevando a niños que estaban siendo evacuados al campo. También están desocupando los hospitales.

FREUD.—Y las prisiones.

LEWIS.—¿En serio?

FREUD.—La probabilidad del ataque aéreo es la misma en todas partes. Están liberando a miles de convictos cuyas condenas estaban a punto de cumplirse.

LEWIS.—¿Escuchaba usted la radio?

FREUD.—Sí. Encuentro conveniente andar sobre aviso cuando van a bombardearme... Chamberlain hará un comunicado dentro de poco. Debo decirle que mi médico vendrá enseguida, así que nuestra cita tendrá que ser breve. Deme su abrigo. Mi esposa y nuestra ama de llaves andan por ahí, comprando todas las latas de conserva que puedan encontrar. Debemos prepararnos para lo peor.

Freud recoge el abrigo. Antes, Lewis saca de su bolsillo una cajita de cartón.

LEWIS.—Desde luego. Quizá, dadas las circunstancias, deberíamos posponerlo sin más.

FREUD.—¿Hasta cuándo, profesor? ¿Cuenta usted con el futuro? Yo no.

Freud sale con el abrigo de Lewis. Sonidos de Jo-Fi ladrando.

LEWIS.—¿De qué raza es?

FREUD.—Un chou chou. Se queda conmigo durante mis sesiones. (*Freud regresa.*) Jo-Fi es mi barómetro emocional. Si el paciente es tranquilo, se estira a mis pies. Pero si se pone nervioso, Jo-Fi permanece erguido, a mi lado, y no le quita los ojos de encima en ningún momento.

LEWIS.—Pues, ¿cómo debo tomarme el que haya salido corriendo nada más verme?

FREUD.—Es que también él es riguroso con la puntualidad.

LEWIS.—Entiendo. Es un despacho magnífico.

FREUD.—Mi hija Anna lo decoró a imitación de mi consulta de Viena.

LEWIS.—(*Mira a través de las grandes cristaleras.*) Tiene usted una hermosa vista.

FREUD.—El jardín, sí. Cuando en casa miraba por la ventana lo único que veía era a los nazis quemando mis libros. Por favor, siéntese. (*Lewis mira fijamente el famoso diván de Freud. Freud le indica la silla que está frente al escritorio.*) Ahí no. Aquí.

LEWIS.—Gracias.

FREUD.—Ya que tenemos tan poco tiempo quizá deberíamos ir a la razón por la cual le escribí.

LEWIS.—Uno de mis libros.

FREUD.—¡Ah! ¿Es que ha escrito más de uno?

LEWIS.—Entiendo que es *El retroceso del peregrino* el que le ha ofendido.

FREUD.—¿Ofendido?

LEWIS.—Sí. El hecho de que le haya satirizado a usted en el personaje de «Segismundo». Su pomposa autosuficiencia; su forma de arrojar al Peregrino contra el Gigante porque no puede soportar que le contradigan. (*Pausa. Freud no responde.*) Mi forma de describirle a usted como un «anciano vanidoso e ignorante» fue un tanto excesiva. Pero creo que si exhibimos ante la gente nuestras creencias debemos contar también con su reacción.

FREUD.—Y está bien que sea así.

LEWIS.—Lamento que se lo haya tomado como un ataque personal. Pero no puedo disculparme por disentir con su forma de ver el mundo cuando esta contradice completamente la mía.

FREUD.—¿Y cuál es la suya?

LEWIS.—Que Dios existe. Que un hombre no tiene por qué ser imbécil para creer en Él. Y que nosotros, los *débiles mentales* que lo hacemos, no sufrimos, como afirma usted, una patética «neurosis obsesiva».

FREUD.—(*Pausa.*) No he leído su libro.

LEWIS.—¿No?

FREUD.—El doctor Eric Larson, un querido amigo de Cambridge, comparte mi pasión por la literatura inglesa primitiva. Cuando apareció su homenaje a *El progreso del peregrino*, me proporcionó un informe completo.

LEWIS.—Según el cual yo le atacaba ferozmente.

FREUD.—Profesor Lewis, he sido «ferozmente atacado» toda mi vida. No se sienta decepcionado porque su creación de un personaje de caricatura llamado «Segismundo Ilustración» no me haya postrado en la cama. Pero me veo obligado a preguntárselo: si de verdad me creía tan ofendido, ¿por qué decidió venir?

LEWIS.—Tenía curiosidad por conocerle.

FREUD.—¿Incluso aunque desestime usted mi labor?

LEWIS.—En realidad, no toda. Sus escritos resultan siempre estimulantes. Cuando aún era estudiante en la universidad, devorábamos cada uno de sus libros intentando descubrir nuestras últimas perversiones.

FREUD.—Espero que las encontrarán.

LEWIS.—¡Las encontrábamos! Luego competíamos para inventar otras peores.

FREUD.—Se lo pasaban ustedes muy bien.

LEWIS.—Debato diariamente con mis estudiantes. A menudo es el humor el que inclina la balanza.

FREUD.—¿Cree usted, aunque sea de forma inconsciente, que es el *debate* lo que le ha traído?

LEWIS.—Veo que no hay diferencia entre sentarse aquí o en el diván. Teniendo en cuenta que fue usted quien me invitó, tal vez debería ser usted quien respondiera.

FREUD.—Aunque no he leído *El retroceso del peregrino* sí disfruté de su ensayo sobre *El paraíso perdido*. Francamente bien escrito, con muchas observaciones originales. *El paraíso perdido* es mi libro favorito. Hace muchos años, cuando estaba separado de la que sería mi esposa, me ofreció un gran consuelo.

LEWIS.—¿Le consoló un conflicto entre Dios y Satán?

FREUD.—No he dicho de qué lado me puse. Pero, ¿no cree usted que Milton le escribe a Satán los mejores versos? ¿Té?

LEWIS.—No, gracias.

FREUD.—Mejor. Estoy seguro de que ya se ha quedado frío. ¿Agua?

LEWIS.—No.

FREUD.—(*Freud se sirve un vaso de agua.*) Estamos de acuerdo en que Satán es una creación brillante. Se le puede culpar de todo lo que va mal en el mundo, tan convenientemente como Hitler culpa a los judíos. Es un maestro... (*Freud comienza a toser.*) Es un...

La tos se vuelve cada vez más fuerte. Se lleva las manos a la boca en lo que parece un intento de ajustarse los dientes. Lewis se levanta preocupado, pero Freud alza la mano, como para advertirle que se mantenga aparte. Freud bebe un trago de agua y la tos se detiene.

LEWIS.—¿Puedo traerle algo?

Freud niega con la cabeza. Respira. Utiliza el pulgar para colocar la prótesis en su lugar.

FREUD.—Tengo cáncer de boca. Tuvieron que extirparme la mandíbula superior y el paladar. Lo que a usted quizá le parezca una dentadura postiza mal ajustada es una prótesis. Separa la parte superior de mi boca de la cavidad nasal. Pero siempre tengo rozaduras. Y el olor es ciertamente repugnante.

LEWIS.—No huelo nada.

FREUD.—Es usted muy amable. (*Pausa.*) Jo-Fi no huía de usted, sino de mí. Por el olor de la carne en descomposición.

LEWIS.—Debe dolerle muchísimo.

FREUD.—Y más cuando hablo. Pero como ve, es improbable que deje de hacerlo. (*Freud se acerca a la radio.*) Son casi las once; el discurso de Chamberlain habrá empezado. ¿Le importa?

LEWIS.—Por supuesto que no.

Freud enciende la radio. Se escucha música clásica.

FREUD.—Todavía no. (*Freud apaga la radio*) Mi amigo Larson conoce a un colega suyo, un tal profesor Tolkien.

LEWIS.—Sí, somos amigos íntimos.

FREUD.—Me habló de los «Inklings».

LEWIS.—Así es como llamamos a nuestra tertulia literaria en Oxford. Escritores, la mayoría; debatimos cada cual sobre el trabajo de los demás.

FREUD.—Escriben fantasías.

LEWIS.—A menudo, sí.

FREUD.—He pasado gran parte de mi vida examinando fantasías. En el tiempo que me quede estoy decidido a entender lo que pueda de la realidad. Por lo que sé, posee usted una inteligencia superior y un talento para el razonamiento analítico. Larson me contó que incluso compartía usted, hasta hace poco, mi creencia de que el concepto de un Creador es manifiestamente infantil.

LEWIS.—Tiene razón.

FREUD.—Entonces va a ser verdad que usted, como san Pablo, es víctima de una conversión o de una psicosis alucinatoria.

LEWIS.—A san Pablo le golpeó un rayo mientras cabalgaba rumbo a Damasco. A mí me asaltó un pensamiento en

el sidecar de la moto de mi hermano, camino del zoológico. No fue tan dramático.

FREUD.—Depende de cuál fuera el pensamiento.

LEWIS.—Cuando salimos, no creía que Jesucristo fuera el hijo de Dios. Al llegar, sí. Fue así de simple.

FREUD.—Las cosas solo son simples cuando decidimos no examinarlas.

LEWIS.—Cuestiono mis creencias a diario. Y tengo que decir que nunca he conocido a un no creyente que emplee tanto esfuerzo intentando desacreditar la existencia de Dios. Si yo fuera psicoanalista, me intrigarían estos empeños tan constantes.

FREUD.—Si fuera usted psicoanalista, también se preguntaría por qué alguien se deja llevar en un sidecar en vez de conducir él la moto.

LEWIS.—La decepcionante respuesta es que no sé conducir.

FREUD.—Dado que es una habilidad que hasta los osos de los circos demuestran poseer, debo asumir que pudo aprender pero por alguna razón eligió no hacerlo. No importa, está usted en lo correcto respecto a mi inquietud por la religión. ¿Ha leído mi último libro?

LEWIS.—Lo intenté; pero se había agotado en mi librería local. Aunque tengo entendido que ha hecho usted algunas afirmaciones explosivas.

FREUD.—(*Corrige:*) Conjeturas. Explosivas, pero solo conjeturas.

LEWIS.—¿Qué Moisés no era judío, sino egipcio? ¿Qué Dios nunca eligió al «Pueblo Elegido», sino que fue Moisés quien lo hizo? ¿Y que después de que les llevara a la Tierra Prometida le mataron por ello?

FREUD.—¡No fue por eso! Más bien por lo imperioso de su dogma, o quizá por su insistencia en que todos los hombres fueran circuncidados.

LEWIS.—Apostaría por la segunda opción.

FREUD.—Mi *conjetura* es que el asesinato de Moisés obligó a los israelitas a enterrar su culpa bajo el camuflaje de la religión; incluso hasta nuestros días.

LEWIS.—No me extraña que su libro se venda tan bien. Los judíos deben estar haciendo cola para despedazarlo.

FREUD.—Al libro y a mí. Pero los judíos tendrán que esperar su turno, por detrás de mi mayor enemigo, la Iglesia Católica Romana.

LEWIS.—Doctor, seré el primero en admitir que el mayor problema del cristianismo son los cristianos. Pero la fe no puede reducirse a una institución.

FREUD.—Me he pasado la vida en las «instituciones». Religiosas o seculares, están gobernadas por autócratas que insisten en que su visión de la realidad es superior a la de todos aquellos sobre los que mandan. Esta es la verdad y no importa a quien ofenda.

LEWIS.—¿Disfruta usted con ello? ¿Cuando se ofenden?

FREUD.—Disfruto provocando un debate; como el nuestro.

LEWIS.—Pero, ¿qué necesidad hay de debatir si está usted satisfecho con su ateísmo? Ha insistido usted siempre en que el propio concepto de Dios es ridículo. Aunque quizá, ahora, con su enfermedad...

FREUD.—Mi enfermedad es irrelevante. No tengo miedo a la muerte ni paciencia para la propaganda.

LEWIS.—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

FREUD.—Por una razón. Quiero entender por qué un hombre de su intelecto, alguien que compartía mis convicciones, ha podido abandonar repentinamente la verdad y abrazar una mentira tan insidiosa.

LEWIS.—Pero, ¿y si no es una mentira? ¿Ha considerado lo aterrador que sería darse cuenta de que está equivocado?

FREUD.—No más aterrador de lo que sería para usted. profesor Lewis... (*Suena el teléfono. Freud responde.*) Hola. Sí, Anna... ¡Oh! Gracias. (*Freud cuelga. Enciende la radio.*) Chamberlain.

NEVILLE CHAMBERLAIN.—«... Incluso a última hora habría sido perfectamente posible acordar una solución pacífica y honorable entre Alemania y Polonia, pero Hitler no lo ha querido así. Su acción demuestra sin lugar a dudas que no hay sentido alguno en esperar que este hombre abandone alguna vez su práctica de utilizar la fuerza para imponer su

voluntad. Solo puede ser detenido por la fuerza. Ahora, que Dios les bendiga a todos. Él defiende lo que es correcto. Es contra la maldad contra lo que vamos a luchar: la fuerza bruta, la mala fe, la injusticia, la opresión y la persecución. Y, contra ellas, estoy seguro de que lo correcto prevalecerá.»

LOCUTOR DE LA BBC.—Acaban de escuchar ustedes una retransmisión desde el 10 de Downing Street. (*Freud apaga la radio.*)

FREUD.—Así empiezan las cosas.

LEWIS.—Una y otra vez.

FREUD.—Agradezco a su Dios por haberme *bendecido* con un cáncer que no me permitirá quedarme aquí para ver otra guerra. (*Suena el teléfono.*) Disculpe. (*Lo descuelga.*) ¿Sí? Lo he escuchado... No; da tu clase, tus estudiantes te necesitan... El doctor Schur llegará en media hora... ¿Quién podría descansar en este momento? Bueno, hablemos más tarde. (*Freud cuelga.*) Mi hija Anna. He subestimado a Hitler. Pensaba que se quedaría satisfecho después de abusar de Austria.

LEWIS.—¿Cuánto hace que se marchó usted?

FREUD.—Un año y cuatro meses. Los camisas pardas echaron nuestra puerta abajo para arrestarme; querían someterme a interrogatorio. Anna insistió en que estaba muy enfermo, y que ella iría en mi lugar. Me negué, pero de todas formas se la llevaron. Estuvo fuera doce horas. Durante doce horas estuve convencido de que la había

perdido. Cuando la liberaron soborné a todo el que hizo falta para abandonar el país inmediatamente. Pero hubo que llegar casi a la tragedia para que pudiera ver a Hitler como el monstruo que es.

LEWIS.—La historia está llena de monstruos. Y sin embargo, de algún modo sobrevivimos a ellos.

FREUD.—Solo para darle la bienvenida al monstruo siguiente. El ser físico tiende a evolucionar, como ha demostrado mi santo personal, Charles Darwin. Pero no el carácter del hombre. No sabemos sobrevivir sin enemigos. Son tan necesarios como el aire. Hitler, inteligentemente, ha elegido un objetivo convencional: los judíos son infra-humanos, parásitos que jamás han contribuido en nada a la civilización. Una idea tan ridícula que la gente debería reaccionar indignada; pero en vez de eso, le aclaman.

LEWIS.—No todo el mundo.

FREUD.—Todavía no. Pero Hitler aprende de la historia. El mayor aliado de un guerrero es siempre Dios. Cuando Hitler afirma que aplastar a los judíos es la «voluntad del Señor», levanta a un ejército que venera a ambos.

LEWIS.—Hay otra forma de verlo: la propia maldad de Hitler puede convertirse en un instrumento del bien.

FREUD.—¿Cómo es eso?

LEWIS.—Sus actos despreciables refuerzan la necesidad del contrario. El hombre bueno sirve a Dios como un hijo cariñoso; el hombre malo le sirve como Su herramienta.

FREUD.—De modo que, mientras Hitler nos tritura, Dios espera a ver quién sobrevive a sus golpes.

LEWIS.—Debemos partir del hecho de que está en funcionamiento una ley moral...

FREUD.—¡No lo acepto! No existe ley moral alguna, tan solo nuestros débiles intentos por controlar el caos.

LEWIS.—Los códigos morales han existido siempre. Dígame una civilización que admirase el robo o la cobardía. La humanidad nunca ha premiado el egoísmo.

FREUD.—El egoísmo se recompensa a sí mismo.

LEWIS.—Entonces, ¿tienen razón los nazis?

FREUD.—Por supuesto que no.

LEWIS.—Así pues hay una moral con la que usted los está comparando. No podemos decir que una línea esté torcida a no ser que sepamos lo que es una línea recta.

FREUD.—¡Ah! ¡Moralidad geométrica!

LEWIS.—La conciencia moral es algo con lo que nacemos. Crece con nosotros. Cuando era más joven pensaba en el bien y el mal tanto como un babuino piensa en Beethoven.

FREUD.—Y es Dios quien crea esta «conciencia».

LEWIS.—¡Sí!

FREUD.—¡Ja! Mire cómo me río. Podría usted defender que Dios hizo un trabajo adecuado creando las puestas de sol,

pero por lo que se refiere a la «conciencia» fracasó por completo. Lo que usted llama «conciencia» no es más que los comportamientos inculcados en los niños por sus padres. Que luego se convierten en las traumáticas inhibiciones contra las que tendrán que luchar el resto de sus vidas...

LEWIS.—... A no ser que les rescate usted con el psicoanálisis. ¡Liberarlos de sus represiones, esas que antes conocíamos como el bien y el mal! El concepto de la vergüenza, por ejemplo, es cosa del pasado.

FREUD.—¿Considera usted la vergüenza algo bueno?

LEWIS.—¡Ojala hubiera más! Reconocer el mal comportamiento no es excusarlo.

FREUD.—¡Si nos hubiéramos conocido hace unos cuantos años! Habría escuchado los pecados de mis pacientes, y luego les hubiera dicho que cayeran de rodillas para suplicar la absolución. El psicoanálisis no profesa la arrogancia de la religión, gracias a Dios.

LEWIS.—(*Pausa.*) ¿Qué ha dicho?

FREUD.—Es un mal hábito. He intentado liberarme de él toda mi vida. «Gracias a Dios», «Con la gracia de Dios», «Dios nos ayude». Me crió una niñera católica romana, muy devota, que me arrastraba a la iglesia todos los domingos. Aprendí a hacer una genuflexión, la señal de la cruz, todas esas neurosis obsesivas. Me enseñaba las historias del Nuevo Testamento. Mi padre, un judío ortodoxo, leía el Antiguo en voz alta. No había escape posible.

LEWIS.—Tampoco yo me libré. Mi abuelo era vicario en nuestra iglesia local. Predicaba sermones interminables, porque tenía la manía de detenerse para lloriquear. Mi hermano y yo nos golpeábamos el uno al otro para intentar aguantarnos la risa.

FREUD.—Su padre, ¿también era religioso?

LEWIS.—Él le diría que sí, aunque creo que lo que reverenciaba por encima de todo era la frugalidad. Educando a caballeros jóvenes del modo más barato posible. Veo dónde pretende ir a parar, Doctor, así que no le sorprenderá que mi padre me disgustara intensamente. Era un hombre egoísta, enojado, sobre todo después de la muerte de mi madre.

FREUD.—¿Qué edad tenía usted entonces?

LEWIS.—Nueve años. (*Pausa.*) Creo que le resultaba imposible mantener el tipo de relación que nos habría proporcionado a todos el consuelo que necesitábamos.

FREUD.—¿Qué siente usted con respecto a su muerte?

LEWIS.—Ahora entiendo que era un hombre lastimado. Pero entonces, solo encontré en él a un tirano.

FREUD.—Sin embargo, ¿niega usted que su deseo de encontrar a Dios fuera una forma de buscar la figura paterna ideal?

Lewis sonrío. Luego mira hacia el diván de Freud.

LEWIS.—No hay forma de librarse, ¿verdad? Sí, lo niego. Durante la mayor parte de mi vida he deseado que no existiese ningún Dios. No quería otro padre. Fue la fe de él la que me alejó de la religión. Me confirmé en un escepticismo absoluto porque temía a mi padre tanto como lo detestaba.

FREUD.—Una dinámica normal entre padre e hijo. La adoración infantil se transforma en la conciencia de sus debilidades, y por tanto en el deseo de desplazarlo.

LEWIS.—Estoy de acuerdo.

FREUD.—Bravo. Ha aprendido usted algo de mis libros.

LEWIS.—¿Debo asumir, entonces, que al comprender esto tuvo usted una relación cálida con su propio padre?

FREUD.—Le desprecié desde el principio. Como mucho, podría decirse que fue una amarga decepción.

LEWIS.—(*Da unos golpecitos en el sofá.*) ¿Quiere sentarse? (*Freud asiente, pero se sienta en su silla de analista.*)

FREUD.—La mayor influencia de mi padre consistió en hacer que me diera cuenta de lo que no quería ser. Una vez, de niño, dábamos ambos un paseo por la calle cuando un hombre le golpeó el sombrero y lo tiró al suelo. El hombre gritó, «¡Judío, apártate de la acera!». Mi padre obedeció y recogió su sombrero del barro. No dijo nada. No hizo nada. En aquel momento, no, incluso ahora, no sé a cuál de ellos detesté más.

LEWIS.—Es la misma cólera que siente usted hacia un Dios que no hace nada. El deseo de que no haya un Dios puede ser tan poderoso como la fe en que sí exista. Incluso me atrevería a decir que la elección de no creer puede ser la mayor evidencia de Su misma existencia, puesto que debe uno ser consciente de aquello que está negando.

FREUD.—Niego la existencia de los unicornios. ¿Debo creer que existen?

LEWIS.—¿Experimenta usted el deseo apasionado de que existan? Ninguno de nosotros nace con un deseo a menos que haya una satisfacción que lo justifique.

FREUD.—No es cierto.

LEWIS.—¡Lo es!

FREUD.—¿Por ejemplo?

LEWIS.—Un recién nacido siente hambre; pues bien, para eso existe la comida. Un patito quiere nadar, el agua existe para que lo haga. Así que si encuentro en mí un deseo que ninguna experiencia de este mundo logra satisfacer, la explicación más probable es que estoy hecho para un mundo distinto.

FREUD.—Acaba usted de renunciar a los hechos en beneficio de los cuentos de hadas. ¡Nuestras ansias más profundas jamás quedan satisfechas y ni siquiera delimitadas! En alemán llamamos a esto «*Sehnsucht*»; añoranza. Durante años lo he experimentado. Un intenso deseo de

pasear por el bosque con mi padre, como lo hacía de joven. Me llevaba de la mano, pero yo siempre me soltaba y huía de él tan rápido como era posible, adentrándome entre los árboles.

LEWIS.—¿Para qué corría?

FREUD.—Quizás para quedarme a solas o para escapar de mi padre. Solo sé que el deseo era abrumador.

LEWIS.—Yo llamo a ese deseo «júbilo».

FREUD.—«Júbilo».

LEWIS.—No conozco una palabra mejor. Lo sentí por primera vez cruzando también una especie de «bosque».

FREUD.—¿Sí?

LEWIS.—No había cumplido aún los seis años. Mi hermano Warren trajo a la guardería una lata de galletas que decoró con musgo y ramitas, piedrecitas y flores. Un bosque de juguete. Me pareció la cosa más hermosa que había visto jamás. Y aún me lo parece. En el momento en que la vi, me causó una congoja que nunca antes había experimentado.

FREUD.—Vivir en un diminuto Edén con un Dios diminuto.

LEWIS.—Dios ni siquiera se me pasó por la mente.

FREUD.—Y equipara usted ese «júbilo» con el deseo inherente de un Creador.

LEWIS.—Sí.

FREUD.—Fue usted conducido hacia Dios por una lata de galletas.

LEWIS.—Hizo falta mucho más que eso. Fui el converso más reacio de toda Inglaterra. Nada odiaba tanto como el que me dijeran lo que tenía que hacer. En eso consistió la maravillosa atracción del ateísmo: satisfacía mi deseo de que me dejaran en paz. El Dios de la Biblia es un matón entrometido.

FREUD.—Exacto.

LEWIS.—Entonces, por casualidad, leí un libro de G. K. Chesterton, *El hombre eterno*. ¿Lo ha leído?

FREUD.—Chesterton me ha criticado, así que su intelecto me parece claramente bajo sospecha.

LEWIS.—Estoy seguro de ello. Pero, por desgracia, cuando estaba en el hospital durante la guerra, su libro era lo único que tenía a mano.

FREUD.—¿Combatió usted en la guerra?

LEWIS.—Sí. Con la Infantería Ligera de Somerset.

FREUD.—¿Por qué le hospitalizaron?

LEWIS.—Nada particularmente grave.

FREUD.—¿En serio? ¿El ejército británico concede vacaciones?

LEWIS.—Comparado con el campo de batalla, el hospital era como estar de vacaciones. Pero no el libro de Chesterton. No solo era un buen escritor, sino que sus argumentos poseían una lógica irritante.

FREUD.—¿Una *lógica*?

LEWIS.—Él empieza contando una historia: un muchacho que vive en una granja decide emprender la búsqueda del túmulo funerario de un gigante fabuloso. Escala una montaña, luego vuelve la mirada para ver su granja, allá abajo. Lo que ve desde esa distancia es que su propia casa está construida sobre un terreno que tiene la forma de una figura enorme. El muchacho había vivido justo encima de la tumba del gigante, pero estaba demasiado cerca para reconocerlo. Chesterton dice que hay dos maneras de entender el cristianismo: vivir dentro de él o alejarse lo suficiente para verlo como realmente es.

FREUD.—(*Encogiéndose de hombros.*) El niño y el gigante; una narración simplista, como toda teología.

LEWIS.—Es una metáfora; los cimientos sobre los que construye sus argumentos, basándose en criterios históricos, racionales.

FREUD.—Imposible. Dios no puede ser demostrado históricamente.

LEWIS.—Eso es exactamente lo que yo pensaba. Lo cual me permitió expulsar a Chesterton de mis pensamientos durante años. Hasta que dos conversaciones muy diferen-

tes me obligaron a reconsiderarlo. Una con Tolkien, un creyente devoto, y otra con T. J. Weldon, un ateo furibundo. Había invitado a Weldon... (*Sonido: el estruendo de una alarma antiaérea. Tanto Lewis como Freud se levantan. Gritando por encima del ruido:.*) ¿TIENE USTED SÓTANO?

FREUD.—¡NO!

LEWIS.—¿HAY ALGÚN REFUGIO CERCA?

FREUD.—¡LA CRIPTA DE LA IGLESIA! (*Freud se la muestra a Lewis a través de la ventana.*) ¡MIRE! ¿LA VE? ¡MÁRCHESE YA!

LEWIS.—¡VENGA CONMIGO!

FREUD.—¡NO PUEDO CAMINAR TAN LEJOS!

LEWIS.—¡YO LE AYUDARÉ!

FREUD.—¡NO! ¡INSISTO! ¡MÁRCHESE! DE PRISA!

LEWIS.—¡ME QUEDO! ¡APAGUE LAS LUCES!

Freud apaga la luz de su escritorio. Lewis, la que está sobre la mesa.

FREUD.—¡LA RADIO! Podemos escucharla...

Freud enciende la radio, pero el sonido no puede imponerse al volumen de la sirena. Lewis localiza la caja de cartón marrón que ha traído consigo.

LEWIS.—¡LA MÁSCARA DE GAS! ¿TIENE USTED?

FREUD.—¡AQUÍ!

Freud abre el cajón de su escritorio mientras Lewis saca su máscara de la caja de cartón. Es de color verde oliva, con un tubo de filtrado extendido. En el momento en que va a ponérsela, la sirena se detiene. El locutor de la BBC se escucha a un volumen muy alto.

LOCUTOR DE LA BBC.—... Pero no ha habido ataque. ¡La sirena antiaérea que acaban de escuchar era una falsa alarma! Aún no tenemos información sobre qué la ha provocado. Repetimos, se ruega a todo el mundo que permanezca en sus casas y... (*Freud apaga la radio y mira a Lewis, que se ha derrumbado sobre una silla.*)

FREUD.—¿Se encuentra usted bien?

LEWIS.—Al escuchar la sirena, regresé allí. El olor de los explosivos. Los cuerpos a mi alrededor, hombres espantosamente despedazados tratando aún de moverse, como escarabajos a medio aplastar. Bombas como granizo. Un amigo explotó a diez metros por delante de mí. Ni siquiera llegué a sentir la metralla. Solo a él, sus pedazos, golpeando mi pecho, mi cara.

FREUD.—¿Quedó usted muy malherido?

LEWIS.—Fragmentos de metralla en la pierna izquierda, en la muñeca. Uno en el pecho. Todavía sigue aquí. Demasiado cerca del corazón para quitarlo. «*La guerra que terminará con todas las guerras*». Nunca habrá tal cosa.

FREUD.—Creo que sí; algún día. Ha sido encomiable que se quedara a mi lado, pero debe usted prometerme que nunca se pondrá en peligro por mí.

LEWIS.—No he tenido tiempo para pensarlo. En momentos como estos reaccionamos por instinto.

Freud se ha detenido junto a la luz que antes apagó.

FREUD.—Como lo de gritar para que apagara las luces.

LEWIS.—¿Disculpe?

Freud enciende una luz. No hay diferencia en la iluminación. Hace un gesto en torno suyo, mostrando la habitación perfectamente iluminada todavía por la luz del día.

FREUD.—Apagar las luces resulta útil cuando está oscuro fuera.

LEWIS.—Sí. Quizá tendría que haber gritado: «¡Cierre los ojos, así los alemanes no nos verán!».

Freud contempla su máscara de gas.

FREUD.—Los niños, en la calle, adoran estas máscaras de gas. Las intercambian por sus diferentes colores. La hija de mi vecino las llama *Mickey Mouse*.

LEWIS.—Sí, a los chicos también les gustan. ¿Les ha visto usted hacer esto? (*Lewis sopla en su máscara de gas haciendo una pedorreta.*) Organizan concursos.

FREUD.—Entonces les asombraría Joseph Pujol.

LEWIS.—¿Quién es?

FREUD.—Pujol se llamaba a sí mismo *Le Petomane*: El Gran Artista del Pedo.

LEWIS.—No lo dirá usted en serio.

FREUD.—Totalmente. Le vi en París, en el Moulin Rouge. Pujol imitaba cañonazos y ruido de tormentas con sus pedos. ¡Tocaba *O sole mio* metiéndose un tubo en el ano, y luego se fumaba con él un cigarrillo! ¡Durante el bis, apagó una vela desde el lado opuesto del escenario! (*Lewis ríe.*) Todos le aplaudieron en pie, con una gran ovación; excepto los que se desmayaron de la risa.

LEWIS.—Me lo imagino.

FREUD.—Y así es como olvidamos.

LEWIS.—¿Disculpe?

FREUD.—El humor como defensa. Nuestros cerebros no pueden subsistir en el terror; eso nos paralizaría. Debemos seguir adelante. Elegir un pensamiento al azar para romper su tiranía.

LEWIS.—Es su teoría del alivio.

FREUD.—¿La conoce?

LEWIS.—Leí su libro sobre el ingenio. Nosotros, los ingleses, nos tomamos muy en serio nuestro humor.

FREUD.—El humor inglés sigue sonándome a chino...

LEWIS.—Se nota. (*Freud le mira.*) Es cierto que planteaba usted muchas argumentaciones sólidas. Pero sus ejemplos de humor...

FREUD.—¿Sí?

LEWIS.—Eran algo *clínicos*. Como ranas muertas, clavadas con alfileres para diseccionarlas.

FREUD.—¿Está usted diciendo que mi metodología era defectuosa?

LEWIS.—No, sus chistes. No tenían gracia.

FREUD.—Protesto. Elegí ejemplos clásicos.

LEWIS.—Déjeme pensar. (*Pausa.*) ¿No era este uno de ellos? Dos judíos se encuentran en una estación ferroviaria. ¿Dónde va usted?, pregunta el primero. A Cracovia, dice el segundo. ¡Ahora veo que es usted un mentiroso!, dice el primero. ¡Cuando dice que va a Cracovia, quiere hacerme creer que en realidad se dirige a Lemberg! *Ése* era el chiste.

FREUD.—(*Que se ha reído*) ¡Sí! Un ejemplo de ingenio es-céptico.

LEWIS.—Tan gracioso como un ahorcamiento.

FREUD.—La gracia está en que al segundo judío le llaman mentiroso porque viaja a Cracovia, que es su auténtico destino, mientras que el primer judío, que cree que el otro está dándose las de modesto, ¡se niega a aceptarlo! (*Pausa. Lewis no responde.*) Tengo la impresión de que acabo de

diseccionar otra rana... (*El teléfono suena. Freud lo descuelga.*) ¡Hola... Sí, Max... ¿Hasta qué hora? (*Consulta su reloj.*) ¿Puede ser antes?... Muy grave... ¡Entonces no hay elección! Te veo después. (*A Lewis.*) Mi médico se retrasa. (*Se pone en pie.*) Debería hacer más té.

LEWIS.—No se moleste, de verdad.

FREUD.—¿Rechaza un té? ¿No es eso herejía para un inglés?

LEWIS.—Me arriesgo a que me deporten. Pero no, gracias: creo que la sirena me ha arrebatado el apetito.

FREUD.—Me hablaba usted de su «inkling» y de su ateo.

LEWIS.—¡Tolkien y Weldon, sí! Weldon es un profesor de Clásicas muy respetado. Pero también es un cínico absoluto y el hombre más amargado que he conocido jamás.

FREUD.—Por el momento me cae bien.

LEWIS.—Una noche tomamos una copa y surgió la cuestión de los Evangelios. Casi me caigo de la silla cuando ese hombre dijo que había pruebas sólidas que apoyaban la autenticidad histórica del Nuevo Testamento. «Va a resultar que realmente sucedió», dijo.

FREUD.—¿Cuánto habían bebido ustedes?

LEWIS.—No lo suficiente. Cuando le dije lo que me sorprendía escucharle decir una cosa así, no pudo mostrarse más incómodo y con más ganas de marcharse. Más tarde fui incapaz de dejar de pensar en lo sucedido. Si el más militan-

te de los ateos que conozco creía en la autenticidad de los Evangelios, ¿significaba eso que no había forma de escapar?

FREUD.—No puede afirmar que los Evangelios sean literales. Se trata de mitos y leyendas.

LEWIS.—¿Pero los convierte eso en mentiras? Algunas semanas más tarde Tolkien me abrió los ojos a una perspectiva diferente.

FREUD.—Ese hombre que escribe *fantasías*.

LEWIS.—Sí. Una noche dábamos una vuelta después de cenar. Caminábamos por el paseo Addison, que es un sendero en el campus bajo magníficos hayedos... ¡Ah!... Volvemos al bosque, por lo que veo.

FREUD.—Parece que el diván le ha sentado a usted bien.

LEWIS.—(*Sonríe.*) Sí. Discutíamos sobre mitología. Le dije a Tolkien que disfrutaba de ella artísticamente, pero que básicamente me parecía ficción, una mentira, igual que le pasa a usted. Tolkien me interrumpió. Dijo: «Te equivocas. Está lejos de ser mentira. Es la forma en que los hombres expresan verdades que, de otro modo, quedarían sin ser dichas. Nos pone sobre la pista de la vida que Dios creó para nosotros». Me dijo que analizara minuciosamente mi reacción ante los mitos. Dijo: «Cuando lees mitos sobre los dioses que vienen a la tierra y se sacrifican, esas historias te conmueven. Siempre y cuando los leas en cualquier lugar que no sea la Biblia. La historia de Cristo es el mito más grande en el corazón de la historia humana». Dijo que los

mitos paganos nacieron porque Dios se expresaba a través de los poetas; pero que el mito de Cristo era Dios expresándose *a través* de *Sí mismo*. Lo que lo hace diferente es que Cristo caminó de verdad sobre la tierra entre nosotros. Su muerte transformó el mito en verdad y transforma las vidas de todos cuantos creen en Él. Y ahí está tu elección, me dijo: creer o no creer.

FREUD.—De modo que usted gritó: «¡Creo!» Y los pájaros en los árboles cantaron el Aleluya.

LEWIS.—No exactamente. Mi elección fue retroceder y examinar las evidencias. Aquella noche volví a casa y empecé a releer el Nuevo Testamento. De forma crítica. Y como historiador de la literatura que soy, estoy totalmente convencido de que sean lo que sean los Evangelios, no son mitos. No son lo suficientemente artísticos. Desde el punto de vista de la imaginación resultan torpes, no funcionan. La mayor parte de la vida de Jesús se nos esconde por completo, y los escritores que construyen una leyenda no permitirían que eso sucediese.

FREUD.—Se ha convencido usted de la existencia de Cristo por culpa de una pésima narrativa.

LEWIS.—La existencia de Cristo no está en duda, solo su identidad. La crónica de este hombre la hicieron sus contemporáneos, los historiadores romanos y judíos. Hasta H. G. Wells, cuyo escepticismo rivalizaba con el mío, admitió: «Aquí hubo un hombre. Esa parte de la historia no pudo haberse inventado».

FREUD.—Que Cristo fuera un hombre no se lo discuto. Igual que Mahoma o Buda, que también se convencieron a sí mismos de que eran algo más que eso.

LEWIS.—Pero Cristo no es igual. Si le hubiera usted preguntado a Buda: «¿Eres el hijo de Brahma?», él habría respondido «*Habitas en el abismo de la ilusión*». Si le preguntara a Mahoma, «¿Eres Alá?», habría pensado que es usted un necio y le cortarían la cabeza. Sólo Cristo hizo la terrible afirmación de que era el Mesías. También aseguró que tenía el poder de perdonar los pecados. ¿Es esto muy absurdo?

FREUD.—Sin duda alguna. Cristo era un lunático.

LEWIS.—Esa fue mi primera opinión.

FREUD.—Es más que una opinión: es lo más probable. ¿Por qué debo tomarme más en serio a Cristo cuando dice que es Dios, que a la docena de pacientes a los que he tratado y dicen ser Cristo?

LEWIS.—¿Ha encontrado usted a una sola persona cuyo concepto de la realidad fuera opuesto al sano juicio?

FREUD.—(*Pausa.*) No.

LEWIS.—Así pues dejemos, por el momento, de lado, la posibilidad de que Cristo estuviera engañándose a sí mismo. La segunda alternativa es que engañara conscientemente a sus seguidores con algún otro propósito.

FREUD.—El poder. Sus seguidores lo divinizaron. Hizo milagrosos trucos de magia. Su estrategia fue un éxito completo.

LEWIS.—Yo no llamaría «un éxito completo» a una estrategia que termina con la crucifixión.

FREUD.—Eso si realmente murió. Su reaparición ante los discípulos después de la crucifixión pudo haber sido planeada para engañarles.

LEWIS.—¿Y a continuación se cambió el nombre, colgó los hábitos de carpintero y nunca más se supo de él? ¿Ni siquiera por parte de los enemigos que tan desesperados estaban por desacreditarlo?

FREUD.—Le concedo que es poco probable.

LEWIS.—Así que si ese hombre no era ni un loco ni un impostor, me obligaba a considerar la única opción restante: aquella tarde en que fui al zoológico, acepté que Jesucristo es el Hijo de Dios.

FREUD.—Con independencia de sus enseñanzas.

LEWIS.—Reducirle a un gran maestro no es más que condescendencia.

FREUD.—Es que no defiende que Cristo fuera un gran maestro. Fracásó absolutamente, tanto en su pedagogía como en su divinidad. Sus enseñanzas son ingenuas y destructivas.

LEWIS.—Estoy en completo desacuerdo.

FREUD.—¡Faltaría más! ¡Si no fuera así, su fe se derrumbaría! (*Freud, poniéndose en pie y cada vez más iracundo.*)

¿Cuál de las *enseñanzas* de Cristo es remotamente realista? ¿Amar al prójimo como a nosotros mismos? ¡Es una estúpida imposibilidad! ¿Poner la otra mejilla? ¿Debe Polonia ponerle a Hitler la otra mejilla? ¿Deberían amar a su prójimo mientras los tanques alemanes aplastan sus hogares? O quizá tendrían que seguir el ejemplo de Cristo y dejarse martirizar, dado que los sumisos heredarán la tierra. ¡Y tanto que sí, puesto que todos van a acabar enterrados! (*Freud saca su pañuelo. El discurso se vuelve más impreciso, el dolor más obvio.*) ¿Considera usted una coincidencia que Jesús exigiera a sus seguidores ser como niños para entrar en el Reino de los Cielos? ¡Es porque el hombre no ha madurado nunca lo suficiente para afrontar el hecho de que está solo en el universo, y la religión hace del mundo su guardería! Se lo diré con una palabra: ¡Madure! (*Silencio. Freud se vuelve, el pañuelo en la boca. Pausa.*) Perdóneme. Últimamente es mi cuerpo el que gobierna mi estado de ánimo.

Freud regresa junto a Lewis. El pañuelo está manchado de sangre.

LEWIS.—Le sangra el labio.

FREUD.—Es la prótesis. No se ajusta, y me roza la boca. Anna la llama «el monstruo». Tengo que limpiarla y pedirle a ella que la reajuste.

LEWIS.—Tal vez su esposa regrese pronto a casa.

FREUD.—Nadie más que Anna puede tocarla.

LEWIS.—¿Ni siquiera sus médicos?

FREUD.—*Sobre todo* mis médicos. Treinta operaciones; y tendría que haber aprendido a la primera. Me pusieron en una sala de recuperación del tamaño de un armario, junto a otro paciente. Un enano hidrocefalo. En serio. Yo estaba tumbado en mi jergón. La toalla bajo mi barbilla estaba empapada, la hemorragia no se había detenido. Intenté llamar pero tenía la boca llena de sangre; estaba a punto de ahogarme. Fue el enano quien me salvó. Enfermo como estaba, se levantó de la cama y corrió en busca de la enfermera. De no haber sido por él, habría muerto. Encuentro un humor muy negro en todo esto. ¡Intelectual eminente salvado por un enano con daño cerebral! Eso sí que es un buen chiste. ¿Se le ocurre alguno mejor?

LEWIS.—Quizás no. Pero si era un chiste, ¿quién cree que lo hizo?

FREUD.—(*Pausa.*) Puede que acabe usted de marcar un tanto. El primero.

Freud sale. Lewis va hasta la radio y la enciende.

LOCUTOR DE LA BBC.—... Asegúrense de que todos los miembros de su hogar lleven encima su nombre y dirección claramente escritas. Cosan una etiqueta en las ropas de sus hijos para que no puedan quitársela. Seguiremos proporcionando más instrucciones y noticias a medida que estén disponibles. Hasta entonces, devolvemos la conexión a nuestro programa musical con la banda militar de la BBC.

Empieza la música. Mientras la escucha, Lewis inspecciona el escritorio de Freud y las docenas de antigüedades que la cubren casi por completo. Coge algunas, las estudia. Freud entra. Apaga la música, se sienta en su escritorio y marca el teléfono.

FREUD.—Londres 2473, por favor.

LEWIS.—Menuda colección tiene usted.

FREUD.—Gracias. Hay sobre todo piezas griegas, romanas y egipcias. La mayoría tiene más de dos mil años. Ahí hay... *(Al teléfono)* Sí, María; ¿ha empezado Anna su clase? ¿Cuándo termina? ¿Quiere usted interrumpirle y decirle que me llame? Gracias.

LEWIS.—¿Su hija imparte clases?

FREUD.—Sí. También practica el psicoanálisis para niños.

LEWIS.—Estará usted orgulloso.

FREUD.—Lo estoy. Es muy respetada. Me preocupaba que al seguir mis pasos no pudiera dejar su propia impronta. Pero Anna lo conseguirá. Es una devota de la ciencia.

LEWIS.—Y de usted, según parece.

Freud señala su colección.

FREUD.—Dígame. ¿Qué pieza es su favorita?

LEWIS.—*(Elige una estatuilla.)* Quizás esta.

FREUD.—Eros, el dios del amor. Es usted un romántico.

LEWIS.—¿Y la de usted? ¿Buda, Zeus, Atenea? ¿Cómo llamaría a un hombre cuyo escritorio está protegido por dioses y diosas?

FREUD.—Coleccionista. Tengo antojo por ellos, lo admito. Poseo más de dos mil piezas, la mayoría en un almacén. Soy incapaz de llegar a una ciudad nueva y no ponerme a buscarlos. Necesito siempre objetos nuevos a los que amar.

LEWIS.—Los objetos son más seguros que las personas.

FREUD.—Cierto. Y siempre he preferido los muertos a los vivos. Pero si a usted le intriga tanto la gente, quizá le interese esto.

Freud le alcanza a Lewis un frasco con vendas dentro.

LEWIS.—¿Vendajes?

FREUD.—Sí. De una momia aún manchada con los fluidos de embalsamamiento. Los egipcios poseían una civilización extraordinaria.

LEWIS.—¿Sabe lo que significan estas marcas?

FREUD.—Me han dicho que son conjuros de *El Libro de los Muertos*. Protegen a este hombre en la otra vida.

LEWIS.—¿Esta «civilización extraordinaria» creía en la otra vida?

FREUD.—De un modo muy diferente al de usted. La razón por la que momificaban a sus gobernantes era preser-

var sus corazones, donde se almacenaba el registro de sus vidas.

LEWIS.—Sus almas, por decirlo así.

FREUD.—Si lo prefiere. Después del entierro era conducidos por Osiris, dios de la otra vida, hasta la Gran Sala del Juicio, donde se pesaban sus corazones. Un corazón puro era casi ingrátido, ligero como una pluma. El corazón impuro se volvía macizo con las malas acciones. Si se les consideraba dignos, su esencia se elevaba hacia el universo para habitar entre las estrellas.

LEWIS.—En otras palabras: iban al cielo.

FREUD.—Eso lo ha dicho usted.

LEWIS.—Me interesa también el hecho de que los egipcios conservaran el corazón, o alma, pero no el cerebro. ¿Me equivoco, doctor? ¿Acaso no descartaban el cerebro como algo inservible?

FREUD.—¡Aprobado en Egiptología!

LEWIS.—Lo que quisiera saber es por qué todas las piezas de su escritorio son objetos sagrados.

FREUD.—Dígame; ¿pretende usted sustituirme en mi propia consulta? Sencillamente estoy interesado en los primitivos sistemas de creencias. Incluido el de usted.

LEWIS.—Todos ellos comparten el concepto de Dios. De lo correcto y lo incorrecto, del bien y el mal. Y de la elección entre ambos.

FREUD.—Y si se elige el bien, entonces ese Dios suyo, que lo creó, creó también el mal. Permitió vivir a Lucifer, le permitió prosperar hasta el punto de competir con Él, cuando lógicamente tendría que haber sido destruido.

LEWIS.—Dios concedió a Lucifer el libre albedrío, que es la única cosa que hace posible la bondad. Un mundo poblado de criaturas sin elección es un mundo de máquinas. Son los hombres, no Dios, ni Lucifer, quienes han creado las prisiones, la esclavitud, las bombas. El sufrimiento del hombre es culpa del hombre.

FREUD.—¿Es esa su excusa para el dolor y el sufrimiento? ¿Me he provocado mi propio cáncer? ¿O me está matando la venganza de Dios?

Lewis, por primera vez, vacila. Este es un tema que le perseguirá toda su vida.

LEWIS.—No lo sé.

FREUD.—¿No lo sabe?

LEWIS.—Y tampoco lo pretendo. Esta es la pregunta más difícil de todas, ¿no? Si Dios es bueno haría a sus criaturas perfectamente felices. Pero no lo somos. Así que o Dios carece de bondad o de poder, o de ambas cosas.

FREUD.—Estamos haciendo progresos.

LEWIS.—No puedo justificar su dolor. Y sin embargo, tampoco puedo imaginar que Dios lo desee. En algún nivel que no logramos comprender me pregunto si esto puede ser una especie de herramienta.

FREUD.—¿Para qué?

LEWIS.—No pensamos en Dios cuando damos un paseo en coche por el campo; solo cuando nos quedamos atrapados entre las vías del ferrocarril y vemos que el tren se acerca. Si el placer es Su susurro, el dolor es Su megáfono.

FREUD.—(*Levantándose.*) Así que el cáncer es la voz de Dios. Si le digo hoy que creo, mi tumor se desvanecerá jubilosamente.

LEWIS.—Por supuesto que no...

FREUD.—¡Claro que no! Porque los hospitales están llenos de creyentes a los que Dios no trata mejor.

LEWIS.—¿Y si Dios quisiera perfeccionarnos por medio del sufrimiento? Para que nos demos cuenta de que la verdadera felicidad, no el placer momentáneo, sino la felicidad eterna, solamente puede venir a través de Él.

FREUD.—¿Perfeccionarnos *con respecto a qué*? ¿A los antepasados bárbaros que mataban para imponer su voluntad? Acaba de escuchar la radio. ¡Nada ha cambiado! Llevamos dentro la autodestrucción.

LEWIS.—Y por eso Cristo murió por nosotros.

FREUD.—«¿El pecado original?»

LEWIS.—Sí.

FREUD.—Justamente: ¡El orgullo desmedido! Que unos simples seres humanos puedan enardecer a un dios por

comer una manzana... Que ese Dios les recompense después entregándoles a su Hijo para que lo sacrifiquen... ¿La redención a través de un crimen vil?

LEWIS.—Así ha sido.

FREUD.—Estoy seguro de que Hitler, ese pequeño monaguillo que ayudaba en la iglesia todos los domingos, estará de acuerdo con usted. Pero yo no. (*Dolorido e impaciente.*) Hablamos idiomas distintos. Usted cree en la revelación. Yo creo en la ciencia, la dictadura de la razón. No hay terreno común.

LEWIS.—También hay una dictadura del orgullo. Construye muros que hacen imposible la existencia del terreno común. ¿Por qué la religión deja espacio a la ciencia, pero la ciencia se niega a dejarle espacio a la religión?

FREUD.—¿Fue muy espaciosa la celda de Galileo cuando le dijo al Papa que el sol no se movía alrededor de la tierra?

LEWIS.—La estupidez de los líderes de la iglesia es un blanco demasiado fácil. Pero fíjese en nuestros científicos. No están de acuerdo entre sí con las causas de la extinción de los dinosaurios, y sin embargo no me enfurezco con ellos porque carezcan de respuesta. ¿Por qué resulta tan difícil aceptar que los teólogos tampoco lo saben todo?

FREUD.—¡Porque se ocultan detrás de su ignorancia! ¡No podemos comprender, somos pequeños, Él es tan Grande...! Mi hija Sophie murió de gripe española a los veintisiete años. ¡Una madre y esposa, arrebatada a su familia!

Pero si yo fuera lo suficientemente listo para comprenderlo, tendría que haberme dado cuenta de que este era el plan de Dios... ¡A mi nieto Heinele le mató la tuberculosis a los cinco años de edad! ¡Cinco! ¡Qué brillante plan de Dios, asesinarle! Ojalá el cáncer me atacara el cerebro en vez de la boca. Entonces, quizá, podría alucinar con la existencia de un Dios, y buscar venganza.

LEWIS.—(*Pausa.*) ¿Está su cáncer muy avanzado?

FREUD.—Casi me ha atravesado la mejilla. Es inoperable. Tan solo cuestión de tiempo.

LEWIS.—¿Cuánto tiempo?

FREUD.—Esa es una decisión que me corresponde. El doctor Schur y yo tenemos un pacto. Me prometió desde el primer día que no me abandonaría al final.

LEWIS.—(*Pausa.*) ¿Está usted diciendo que va a suicidarse?

FREUD.—Estoy diciendo que me mataré yo antes de que lo haga el cáncer. No me mire así. No necesita decirlo: ¡El suicidio está mal y es pecado!

LEWIS.—Usted lo ha dicho.

FREUD.—Entonces mire dentro de mi boca y comprobará que el infierno ha llegado ya.

LEWIS.—(*Pausa.*) ¿Ha hablado con su esposa de esto?

FREUD.—No hay motivo para hacerlo. Mi esposa compare las supersticiones de usted. (*Freud abre una caja y saca un cigarro.*) ¿Un cigarro?

LEWIS.—No, gracias. ¿Fumar no agrava su estado?

FREUD.—Pues claro. Pero estoy decidido a disfrutar del único placer sexual que me queda. Me he despedido de mis etapas fálica y anal y he vuelto a la oral.

LEWIS.—(*Consulta su reloj de pulsera.*) Es extraordinario.

FREUD.—¿El qué?

LEWIS.—Que hayamos estado hablando tanto tiempo y esta sea la primera alusión al sexo.

FREUD.—Su definición es demasiado estrecha de miras. Aplico el término «sexual» a todo tipo de interacciones que proporcionen sensaciones placenteras. El contacto genital, un recién nacido mamando del pecho de su madre o el deleite de una niña de cuatro años sentada sobre las rodillas de su padre. La sexualidad es la fuente de toda felicidad.

LEWIS.—Hay felicidad en otras cosas. El sexo no es más que uno de los muchos placeres que Dios nos ha dado, y no el más duradero.

FREUD.—Es extraordinario. (*Consulta su reloj.*) Hemos estado hablando sobre sexo durante menos de un minuto antes de que usted metiera a Dios en la conversación. Aun así, y pese a la constante batalla contra la propaganda de la

Iglesia, hemos hecho grandes progresos en la superación de nuestras represiones.

LEWIS.—¿Progresos? Hemos pasado del sexo como tema que no podía mencionarse a volvernos incapaces de hablar sobre cualquier otra cosa. Como si acabáramos de inventarlo.

FREUD.—No hay apetito más poderoso.

LEWIS.—Pero su importancia se ha vuelto ridícula en proporción a su función. Compárelo con nuestro apetito por la comida. El público, en un *striptease*, paga por ver a una chica desnudándose. ¿Qué le parecería si pagaran por ver una chuleta de cordero desnuda? ¿No diría usted que se estaban tomando la carne demasiado en serio?

FREUD.—Es que el sexo es más complicado que el hambre.

LEWIS.—Por el contrario. Lo simplificamos demasiado, convirtiéndolo en esa mentira según la cual el sexo es normal y saludable bajo cualquier circunstancia.

FREUD.—¿Así que es usted una autoridad en lo que es «normal» y «saludable»?

LEWIS.—Hay una pauta sexual implícita en el Antiguo y el Nuevo Testamento. El sexo es un acto que debe ser compartido por dos personas que están comprometidas cada una con la otra.

FREUD.—¡Ah, la Biblia! ¡Por un momento creí que estaba usted pensando con sus propias ideas! La Biblia es un bestiario de la sexualidad. Usted selecciona sus citas igual

que un sacerdote dispuesto a aterrorizar a su congregación. ¿Nada de sexo antes del matrimonio? No solo es una ingenuidad; es una crueldad insensata. Como enviar a un joven a interpretar su primer concierto con una orquesta sinfónica cuando las únicas veces que ha tocado su *piccolo* ha sido a solas, en su habitación.

LEWIS.—¿Entonces practica usted el amor libre?

FREUD.—¡Por supuesto que no! ¡Soy un hombre casado!

LEWIS.—¡Eso es completamente hipócrita!

FREUD.—¡No, en absoluto! Filosóficamente defiendo la libertad de elección sexual. Personalmente, elijo no hacer uso de esa libertad.

LEWIS.—¿Y cuando era más joven? ¿Antes de casarse?

FREUD.—Conocí a Martha muy pronto. Nos enamoramos profundamente.

LEWIS.—¿Y ha permanecido monógamo desde entonces?

Freud observa con atención a Lewis.

FREUD.—¿Es usted casado?

LEWIS.—No.

FREUD.—¿Convive con alguien? ¿Una mujer? ¿Un hombre?

LEWIS.—¿Disculpe?

FREUD.—¿Le escandaliza la homosexualidad? No debería. Todos los seres humanos son intrínsecamente bisexuales.

LEWIS.—Vivo con mi hermano y con la madre de un amigo íntimo que murió en la guerra.

FREUD.—¿Y cómo es eso?

LEWIS.—Le prometí a mi amigo que cuidaría de ella, y que él haría lo mismo por mi padre, si no regresábamos. (*Pausa. Freud espera. Lewis se muestra incómodo.*) En realidad, la señora Moore y yo nos cuidamos mutuamente.

FREUD.—Pero, ese hermano de usted; ¿no se habría hecho cargo él de su padre?

LEWIS.—Mi hermano también estaba en el frente. Ignorábamos cuál iba a ser nuestro futuro.

FREUD.—Parece que el futuro era la señora Moore. ¿Desde cuándo mantiene esta relación?

LEWIS.—Yo no lo llamaría *una relación*.

FREUD.—Cualquier vínculo entre dos personas es una relación.

LEWIS.—Cuando estuve en el hospital, en Francia, la señora Moore vino a cuidarme. Fue un gran consuelo.

FREUD.—¿Qué edad tenía ella?

LEWIS.—La señora Moore andaba por sus cuarenta y pocos años.

FREUD.—¿Tiene «la señora Moore» un nombre de pila?

LEWIS.—Janie.

FREUD.—Janie. ¿Le pareció a usted Janie una mujer atractiva cuando se conocieron?

LEWIS.—Era la madre de mi amigo.

FREUD.—Lo cual podría hacerla más atractiva.

LEWIS.—Me ofende su insinuación, y mi vida personal no le concierne a usted.

FREUD.—Su conversión sí. Usted vivió con ella en su época de ateo. Muchos hombres que pierden a sus madres a edad temprana se sienten atraídos por mujeres maduras. Bien, usted sigue aún con ella, pero proclama su abstinencia sexual. Así que me gustaría saber si fue su conversión lo que causó esta virginidad renovada.

LEWIS.—Me niego a seguir discutiendo este asunto.

FREUD.—Como desee. Pero siempre considero menos importante lo que la gente dice que lo que calla. (*Sueña el teléfono. Freud contesta.*) Hola... ¡Sí, Anna, sí! Me la pondré, pero debes regresar a casa enseguida. Me está cortando la mandíbula...¡Entonces cancelala! Te necesito aquí. Bien. Bien.

Freud cuelga el teléfono. Lewis coge una fotografía del escritorio de Freud.

LEWIS.—¿Es usted con Anna?

FREUD.—(*Se vuelve.*) Sí.

LEWIS.—¿Está casada?

FREUD.—No.

LEWIS.—Me sorprende. Es toda una mujer, muy atractiva. Entre sus colegas y los de usted, estoy seguro de que no le faltarán hombres jóvenes para elegir.

FREUD.—No nos resulta tarea sencilla elegir la pareja adecuada.

LEWIS.—Querrá decir, que *no le resulta* sencillo a Anna.

FREUD.—Por supuesto.

LEWIS.—¿Sale con alguien? ¿Hombre? ¿Mujer? O ambos, ya que somos intrínsecamente bisexuales.

FREUD.—Entre la enseñanza y su consulta, a Anna no le queda tiempo.

LEWIS.—Salvo para usted. Es muy afortunado. Especialmente teniendo en cuenta que ella es la única persona a la que permite tocarle la boca.

FREUD.—Anna es una profesional.

LEWIS.—Es médico.

FREUD.—No. Ya le he dicho que es miembro de la Sociedad Psicoanalítica.

LEWIS.—Creía que sus miembros debían ser doctores en medicina.

FREUD.—Hay excepciones. Anna presentó un artículo que fue muy bien recibido.

LEWIS.—Sin duda. ¿Cuál era el tema?

FREUD.—(*Pausa.*) Las fantasías sadomasoquistas.

LEWIS.—¿Basado en los tratamientos de sus pacientes?

FREUD.—Basado en su propio análisis.

LEWIS.—¿Quién fue su analista?

FREUD.—Yo. (*Pausa.*) ¿Alguna pregunta más?

LEWIS.—Oh, sí. Pero prefiero no hacerlas. Me limitaré a recordarle su observación previa: lo que dice la gente es menos importante que lo que calla.

Freud no responde, pero enciende la radio.

LOCUTOR DE LA BBC.—... Con la destrucción total de la fuerza aérea polaca por parte de la Luftwaffe. Se calcula que el número de bajas, entre militares y civiles, sobrepasa los veinte mil, una cifra que sin duda aumentará a medida que continúen los bombardeos alemanes. El rey Jorge se dirigirá a la Commonwealth desde el palacio de Buckingham en menos de una hora. Hasta entonces, devolvemos la conexión a nuestro programa musical.

Comienza la música clásica. Freud apaga la radio.

LEWIS.—(*Conmovido.*) Veinte mil muertos en dos días. Es casi imposible de asimilar.

FREUD.—Sí.

LEWIS.—Y sin embargo, usted desea morir.

FREUD.—Para mí, la muerte solo puede ser un consuelo.

LEWIS.—Pero, ¿y para su familia? El suicidio es como una muerte perpetua. Los supervivientes la reviven, y reviven también su incapacidad para prevenirla. Les dejará usted un dolor interminable.

FREUD.—Entonces deberían entenderlo como un acto de misericordia. Mi decisión está tomada. (*Se levanta.*) No tengo fuerzas para sermones. Ni siquiera su Biblia me juzga. Saúl cayó sobre su propia espada antes que permitir que sus enemigos lo matasen.

LEWIS.—Y Judas se suicidó después de haber traicionado a Cristo; en ambos casos, cobardías. Dios da la vida; solo Dios puede quitarla.

FREUD.—Mis padres me dieron la vida, y esa vida es mía, no de ellos.

LEWIS.—Aquino cree que...

FREUD.—¡Me da igual lo que piense Aquino! ¡Aquino condena el suicidio al tiempo que predica la pena de muerte! ¿Cómo alguien de su inteligencia puede ver el mundo en blanco y negro cuando hay miles de colores rodeándole?

LEWIS.—¿Se lo ha dicho a Anna?

FREUD.—¿Qué me estoy muriendo? Claro que lo sabe.

LEWIS.—Que planea usted suicidarse.

FREUD.—¿Y por qué habría de hacerlo? Solo le proporcionaría dolor.

LEWIS.—Entonces, ¿la está protegiendo? ¿O teme que ella piense que está usted equivocado? Que intente convencerle para que renuncie a ello.

FREUD.—Es usted muy tenaz. Es el rasgo más común de los conversos. Y de los alcohólicos reformados.

Freud enciende la radio. Se oye música. La apaga inmediatamente.

LEWIS.—Hace usted eso todo el tiempo.

FREUD.—¿Cómo dice?

LEWIS.—Apagar la música. Lo hace constantemente.

FREUD.—Son las noticias lo que estamos esperando.

LEWIS.—Pero ¿por qué no se limita a bajar la música? ¿Por qué apagarla?

FREUD.—Le gusta la música.

LEWIS.—Sí. Mucho.

FREUD.—La música de misa, seguro.

LEWIS.—Pues, de hecho, aborrezco los himnos.

FREUD.—¿En serio?

LEWIS.—Son como ahogar una tableta de chocolate en azúcar: insoportablemente empalagosos. Los himnos me echaban de la iglesia cada domingo. Me marchaba después de la comunión y cruzaba la calle para tomarme una cerveza. Allí era feliz escuchando todo tipo de música. ¿Por qué no puede usted hacer lo mismo?

FREUD.—Las obras de arte tienen sobre mí un efecto poderoso, pero la música me desconcierta. Hay algo dentro de mí que se rebela contra la idea de ser conmovido sin saber la causa de esa conmoción. Es como si le hablasen a uno en un idioma extranjero y le pidieran que estuviera de acuerdo con alguna afirmación que no puede comprender.

LEWIS.—Lo atractivo de la música es que apela a las emociones, no al cerebro.

FREUD.—Hasta ahí llego.

LEWIS.—Pero me está diciendo que si no puede procesar intelectualmente sus sentimientos, estos no existen para usted. Se opone a la idea misma de ser conmovido.

FREUD.—Me opongo a la manipulación. Para mí, toda la música es como de iglesia.

LEWIS.—Mi objeción a la música de misa es que trivializa emociones que ya siento. Me parece que usted, sencillamente, tiene miedo de sentirlas.

Pausa. Freud está ofendido.

FREUD.—¿Es ese su diagnóstico, *doctor*?

LEWIS.—No del todo. También creo que es usted espantosamente egoísta, colocando su propio dolor por encima del dolor de sus seres queridos. Se miente a sí mismo al creer que puede mandar sobre la muerte igual que lo hace con su mundo y con su hija. Cree que puede dejar de pensar en su miedo escondiéndose tras su escritorio lleno de dioses muertos, pero la verdad es que está aterrorizado.

FREUD.—Usted no sabe nada

LEWIS.—Sé que cuando sonó la alarma no se comportó usted como el hombre que «acepta» que este sea su último día. Se dio mucha prisa en buscar su máscara de gas.

FREUD.—¡Igual que usted! ¿En qué creía en ese momento, en Dios o en la muerte? Su fe se desvaneció tan rápidamente como su precioso «júbilo», porque debajo de todas sus mentiras autoindulgentes sabía que Él no existe.

Freud saca su pañuelo y se seca los labios.

LEWIS.—¿Y dónde está el «júbilo» de usted? ¿Alguna vez lo ha sentido? ¿Lo ha encontrado alguna vez, a través de alguien, de algo, en toda su vida?

FREUD.—¡He encontrado la verdad que usted se niega a mirar de frente! ¡Que el final es el final! Usted entierra sus dudas tan profundamente como sus recuerdos de la guerra, porque, en el fondo, no es usted más que un cobarde!

Freud aparta el pañuelo; está empapado de sangre. Lewis se pone en pie de un salto.

LEWIS.—¡Siéntese! ¡Aquí ! ¡Voy a llamar a una ambulancia...

FREUD.—(*Casi no se le entiende*)¡NO! ¡Hospitales no! ¡Toallas! ¡En el lavabo! (*Freud señala la entrada de la habitación. Lewis sale de prisa. Freud se mete la mano en la boca tratando de extraer la prótesis, pero el dolor le supera. Se detiene, jadeando. Lo intenta de nuevo, ahora de espaldas al público, pero empieza a asfixiarse. Lewis entra corriendo, llevando toallas. La asfixia de Freud se vuelve más angustiada.*) ¡Dese prisa! ¡DEPRISA! (*Se señala la boca; la abre. Lewis manipula dentro de ella. Freud grita de dolor. Lewis retrocede. Freud le agarra la muñeca y tira de él*) ¡SÁQUELA! ¡SÁQUELA! (*Lewis manipula de nuevo en la boca de Freud, tratando de extraer la prótesis, luchando contra ella mientras Freud intenta respirar. Lewis tira una y otra vez... hasta que finalmente retuerce la prótesis y logra sacarla. Lewis le entrega una toalla.*) Agua. (*Lewis va hasta el escritorio, sirve un vaso de agua, y se lo lleva a Freud. Freud limpia la prótesis y la reinserta.*)

LEWIS.—¿Quiere usted echarse?

Lewis se sienta en el diván junto a él. Los dos están agotados por el esfuerzo y el miedo.

FREUD.—(*Con debilidad.*) El monstruo. Casi ha ganado.

LEWIS.—¿Tiene algo para el dolor?

FREUD.—En el escritorio. Píldoras. Cajón superior.

Lewis va al escritorio, encuentra un frasco de píldoras, las mira.

LEWIS.—¿Aspirina? ¿No hay nada más fuerte?

Freud toma la aspirina que Lewis le ofrece; Lewis le alcanza el vaso, que aún contiene agua.

FREUD.—Necesito pensar con claridad. (*Freud se traga la aspirina y se recuesta. Los dos hombres están consternados.*) Por favor, márchese.

LEWIS.—Desde luego que no. Me quedaré con usted hasta que venga alguien.

FREUD.—No...

Freud tose. Se lleva una toalla a la boca.

LEWIS.—No hable.

FREUD.—Eso es lo que... (*Tose*) le gustaría a usted. (*Sonido de aviones en la distancia. Ambos lo escuchan.. El sonido crece: se acercan. Freud y Lewis miran hacia arriba, aprensivos. Pausa.*) ¿Bombarderos? (*El sonido de los aviones es cada vez mayor. Obligándose a ello, Lewis se levanta. Va hasta la balconada, abre los postigos y contempla el cielo. Aliviado.*)

LEWIS.—Aviones de transporte. Son de los nuestros. (*Freud medita sobre esto. Silencio.*) Lo admito. Estaba asustado.

FREUD.—Sí. También yo.

LEWIS.—¿En qué estábamos pensando? Ha sido una locura creer que podríamos resolver el mayor misterio de todos los tiempos en una mañana.

FREUD.—Solo hay una locura mayor: no pensar nunca en él. (*El teléfono suena. Lewis se levanta para cogerlo.*) No, no. Ya puedo yo. (*Freud se levanta; Lewis le ayuda. Va hasta el teléfono.*) ¿Hola? (*Pausa.*) Sí, María. ¡Ah! Gracias. (*Cuelga.*) Anna llegará de un momento a otro. Llamaré a un taxi.

LEWIS.—Prefiero caminar hasta la estación. Necesito tomar el aire. (*Comprueba la hora.*) Hay un tren de regreso a Oxford dentro una hora.

FREUD.—Le acompaño hasta la puerta.

LEWIS.—No hace falta. (*Freud se sienta. Pausa.*) Lamento haberle decepcionado.

FREUD.—No. La ofensa fue mía.

LEWIS.—No he hablado de «ofensa». Dije que le he decepcionado. (*Pausa.*) Mi idea de Dios... se transforma constantemente. Él mismo la hace añicos una y otra vez. Incluso así, siento que el mundo está lleno de su Presencia. Está en todas partes. De incognito. Y su misterio... es muy difícil de descifrar. La auténtica lucha consiste en seguir intentándolo. Para llegar a despertar. Y después, permanecer despierto.

FREUD.—Uno de los dos es un tonto. Si tiene usted razón, se las arreglará para decírmelo. Pero si la tengo yo, ni usted ni yo lo sabremos nunca. La muerte es tan injusta como la vida. Adiós, profesor. Volveremos a vernos, quizás. (*Lewis toma su mano.*)

LEWIS.—Si Dios quiere.

FREUD.—Espere. ¿Se acuerda de aquel chiste en mi libro, sobre el cura y el ateo del pueblo?

LEWIS.—No.

FREUD.—El ateo del pueblo era agente de seguros. Le preguntó al pastor local si quería hacerse un seguro médico. La familia del ateo estaba atónita: se encontraba en su lecho de muerte, y no podían creer que le quedasen fuerzas para hablar con el cura, de entre todos los parroquianos. Bien; los dos hombres se pasaron el día discutiendo, y luego toda la noche, hasta que finalmente, al amanecer, el cura tropezó cuando se marchaba de la casa. El aldeano había muerto siendo ateo. Pero el cura tenía un seguro a todo riesgo.

LEWIS.—Eso sí que es divertido. Ojalá existiera algo así.

FREUD.—¿Diversión?

LEWIS.—Seguridad.

Lewis sale. Freud está a punto de sentarse pero antes enciende la radio. Se escucha la voz del rey Jorge.

REY JORGE.—«...Tal vez nos esperen días oscuros y la guerra no pueda ser ya confinada al campo de batalla. Pero solo podemos hacer lo correcto, lo que vemos como correcto, y, con reverencia, confiar nuestra causa a Dios. Si todos y cada uno de nosotros nos mantenemos resueltamente fieles a ella, dispuestos ante cualquier servicio o sacrificio que pueda demandarnos, entonces, con la ayuda de Dios, prevaleceremos. ¡Que Dios nos bendiga a todos!».

Freud suspira.

LOCUTOR DE LA BBC.—Era el rey Jorge VI dirigiéndose a la nación desde el palacio de Buckingham. Devolveremos la conexión al programa musical de la orquesta de la BBC hasta nuestro siguiente boletín informativo.

Freud se levanta para apagar el programa musical. Se detiene, y, en vez de apagar, sube el volumen. Se sienta, contemplando la radio como si intentara descifrar la música.

Las luces se apagan.

Fin de la obra ■

Créditos:

FREUD'S LAST SESSION

By Mark St. Germain

Suggested by «The Question of God» by Dr. Armand M. Nicholi, Jr

Originally Produced at Barrington Stage Company

Julianne Boyd, Artistic Director, Richard M. Parison, Jr. Managing Director

Off-Broadway Production produced by Varolyn Rossy-Copeland, Robert Stillman & Jack Thomas

Nota sobre derechos de autor:

Cualquier representación de la obra debe ser aprobada por Susan Gurman Agency LLC.

Esto se aplica a cualquier tipo de representación, tanto si los actores o el personal de producción reciben o no algún tipo de compensación económica (un salario) como si se cobra o no una entrada. Si se organiza una representación, se debe pedir permiso, recibir y pagar la licencia para dichas representaciones.

Queda prohibida por ley la copia no autorizada de la obra.

Ninguna parte del guión puede ser transmitida, reproducida, fotocopiada, escaneada o reproducida electrónicamente sin una autorización escrita previa de Susan Gurman Agency LLC. No se puede usar el guión en una clase o como preparación de cualquier tipo de representación más allá de la «fecha de expiración» impresa en el guión.

Cualquiera que infrinja estas reglas será sancionado como infractor de los derechos de autor de acuerdo a la ley española y a la de todos los países firmantes de la Convención de Berna.

Susan Gurman Agency LLC tiene el derecho de adoptar las acciones legales por daños y perjuicios, daños estatutarios y costas de abogados. Un juez puede ordenar indemnizaciones de hasta cien mil euros por infracciones deliberadas.